

la vieron ponerse encendida y pálida. A juzgar por algunas palabras escapadas á su culpable amante al marchar contra los illineses, Akansia no dudó que la flecha disparada contra el viejo Sol había partido de la mano de Onduré, quien fue á jactarse en breve ante la celosa india de haber dado principio al reinado del joven Sol. «La pasión que te profeso, dijo, me ha llevado tal vez demasiado lejos; dispon de mí y procura establecer tu imperio.» Onduré esperaba hacerse nombrar edil, mediante el crédito de la Mujer-Jefe, y gobernar la nación como tutor del tierno monarca.

La muerte del viejo Sol suscitaba una revolución en el Estado, porque en él espirara uno de los tres ancianos que habían abolido la tiranía de los antiguos déspotas de los Natchez, no quedando ya sino Adario y Chactas, próximos ambos al borde del sepulcro.

Chactas concibió graves sospechas acerca del género de muerte de su amigo, pues no se había dicho en qué parte del cuerpo hiriera la flecha al centenario caudillo, y no se había traído su venerable cadáver, á pesar de haberse obtenido la victoria. Entre los guerreros de la tribu del Aguila circulaba el rumor de que el Sol había sido herido por la espalda, que había caído sobre el rostro, y que defendido durante largo rato en tierra por el guerrero blanco, uno y otro, abandonados indignamente, habían quedado vivos en poder del enemigo.

Harto fundados eran estos rumores: tal era la horrorosa verdad; René y el Sol habían sido hechos prisioneros, y los illineses se consolaron de su derrota viéndose dueños del Gran Jefe de los Natchez; y como no habían sido perseguidos despues de su retirada, se llevaron tranquilamente sus víctimas.

Trascurrido un mes de marcha, de descanso y de caza, llegaron á su gran ciudad, donde debían recibir la muerte los prisioneros. Por un refinamiento de barbarie, se había cuidado de curar las heridas del hermano de Amelia y del Sol; ambos eran vigilados noche y día con todas las precauciones que el demonio de la crueldad inspira á los pueblos de América.

Cuando los illineses descubrieron su gran ciudad, se detuvieron para preparar una entrada triunfal. El caudillo de la tropa fue el primero que se adelantó, prorumpiendo en los gritos de muerte. Seguían los guerreros formados de dos en dos, llevando á la estremidad de una cuerda al jefe de los Natchez y á René, medio desnudos y atados por los brazos.

La comitiva llegó así á la plaza de la ciudad, donde ya se había reunido una multitud curiosa que se empujaba y bailaba en derredor del viejo Sol y de su compañero; no de otro modo, en una tarde del otoño, una bandada de golondrinas revolotea en torno de algunas ruinas solitarias; así los pobladores de las aguas se gozan en un rayo de oro que penetra en las ondas del Meschacébé, mientras las flores de los magnolias, desprendidas por las brisas, caen á manera de lluvia sobre la trasparente superficie del río.

Cuando el ejército y todos los salvajes se reunieron en el lugar de dolor, el gran sacerdote hizo la señal del preludio de los suplicios, llamado por la feroz Athaensia (1) las caricias á los prisioneros.

Al punto, los indios formados en dos filas, hirieron con bastones de cedro al jefe de los Natchez, que sin acelerar su marcha, pasaba entre sus verdugos como un río que arrastra sus lentas aguas entre dos frondosas orillas. René esperaba ver caer la víctima, porque ignoraba que los encargados del suplicio evitaban dar golpes en partes donde pudieran ser mortales, para prolongar así su placer. «¡Venerable sachem! le dijo el hermano de Amelia; ¡qué destino tan cruel! Yo soy joven y puedo sufrir; ¡pero tú!»

El Sol le respondió: «¡Por qué me compadeces? no necesito tu compasión; ¡piensa en tí y apela á tus fuer-

(1) La venganza.

zas! La prueba del fuego empezará por mí, porque soy una encina seca sobre mi tallo y propia para arder con rapidez. Espero despedir una llama cuya luz alumbré mi patria y reanime tu valor.

Despues de estos tratamientos dados á la vejez, el joven francés se vió precisado á sufrir las mismas atrocidades; luego ambos prisioneros fueron llevados á una cabaña donde les fueron prodigados todos los auxilios y todos los placeres. El ave de Minerva canadiense rompe el pié de sus víctimas, y las engorda en su nido en la estacion de los hermosos días, para devorarlos en la de las escarchas.

Sobrevino la noche: René, acribillado de heridas, yacia tendido sobre una estera en uno de los ángulos de la cabaña; y unos guardas custodiaban la puerta. Una mujer vestida de blanco y cuya frente ceñía una corona de jazmines, se adelantó entre las sombras: oíase el rumor de su llanto: «¿Quién eres?» preguntó René, incorporándose con penoso esfuerzo: «Soy la virgen de los últimos amores (1), respondió la india. Mis padres han pedido para mí la preferencia, porque aborrecen á Venclao, á quien amo. Hé aquí porque lloro á tu cabecera. Mi nombre es Nelida.»

René replicó en la lengua de los salvajes: «Los besos de una boca que no es amada, son espinas que rasgan los labios. Nelida, vé á buscar á Venclao, y dile que el extranjero de los sasaráns ha respetado tu amor y tu desgracia.» A estas palabras, la hija de los illineses exclamó: «¡Manitú de los infortunados, oye mi ruego! Haz que este prisionero se sustraiga á la suerte que le está reservada. El no ha mancillado mi seno: ¡ojalá que la mujer á quien ama le sea tan fiel como la esposa del alcion, que espone á los dulces rayos del sol á su esposo cuando desfallega bajo el peso de los años!»

Al decir estas palabras, la virgen de los últimos amores tomó los jazmines que engalanaban sus sienes, y los colocó en la abatida frente de René: costumbres extraordinarias, cuya trama parece tejida por las Musas y por las Furias.

Coronada por tu mano, dijo el joven á Nelida, «la víctima será mas acepta al Gran Espíritu.» Mucho tiempo hacia que René estaba hastiado de la vida, y mirando con placer la muerte, ofrecía al cielo los tormentos que iba á sufrir como expiación de los de Amelia.

En aquel momento entraron los guardias y la hija de los illineses se retiró, pero volvió á la hora de los suplicios; los indios contaron que el astro de la luz no salió aquel día del seno de los mares, y que solo Athaensia, diosa de las venganzas, alumbró la naturaleza. Los prisioneros fueron conducidos al lugar de la ejecución.

El jefe de los Natchez fue atado á una estaca, á cuyo pié se extendía un monton de cortezas y de hojas secas; el hermano de Amelia debía ser la última víctima. El gran sacerdote presentóse entonces en medio del círculo que en derredor de la estaca formaba la apiñada multitud, y en la mano ostentaba una antorcha que bailando sacudia. Poco despues aplicó el fuego al monton de combustibles; hubiérase creído ver uno de aquellos sacrificios que los antiguos griegos ofrecían en las costas del Helesponto: el monte Ida, el Janto y el Simois lloraban á Astianax y las humeantes ruinas de Ilión.

Empezóse quemando los piés del anciano, que permanecía tan tranquilo cual si estuviese sentado á los rayos del sol naciente, á la puerta de su cabaña. El sachem cantaba en medio de los tormentos que le abrían el sepulcro, como el esposo repite el grito de himeneo al acercarse al tálamo nupcial. Los verdu-

(2) Véase, para la explicación de este uso, el episodio de Atala.

gos irritados agotaban la fecundidad del genio infernal que les impelia, y hundieron en las heridas del amigo de Chactas algunas astillas de pino ardiendo y le gritaban: «Alumbranos ahora ¡oh resplandeciente astro! (1) Semejante á un sol que coronando su frente con la mas plácida aureola, se oculta en medio de las armonías de la naturaleza, se mostró á los illineses la esplendorosa víctima.

Athaensia sopló su rabia en los corazones: un sacerdote alimentado por una loba en una caverna del Niágara, se precipitó sobre el sachem, le arrancó la piel de la cabeza y esparció las rojas cenizas sobre el desollado cráneo del anciano. El dolor derribó al jefe de los Natchez á los piés de sus enemigos.

Empero, recobrado en breve de un desvanecimiento de que se sintió sonrojado, empuñó un tizon y desafió con él á sus perseguidores; y en pié en medio de su hoguera, esparció por un momento el terror en todo un ejército. Un paso falso le entregó segunda vez á los inventores de tormentos, quienes se arrojaron sobre el anciano; el hacha cortó aquellos piés que visitaban la cabaña de los desvalidos y aquellas manos que curaban las heridas de los desgraciados. Hízose rodar un tronco sobre las llamas, cuya violencia sirvió de remedio á las heridas de la víctima y las cicatrizó, mientras la sangre humeaba sobre las ascuas como el incienso en un sacrificio.

El caudillo natche que no había sucumbido, alejaba aun con sus miradas á los guerreros mas inmediatos y hacia retroceder á los verdugos. Menos espantosa es la serpiente cuyos anillos ha separado el viajero con una cuchilla: el dragon mutilado se agita á los piés de su enemigo, soplando hácia él su ponzoña, amenazándole con sus encendidos ojos, su triple lengua y sus prolongados silbidos.

«¡René! gritó al fin el viejo con una voz que parecía haber aumentado su fuerza; ¡voy á reunirme á mis padres! ¡No me he entregado á los esfuerzos que has visto, sino para alentarte á morir y para mostrarte lo que puede un hombre cuando quiere ejercitar todo el poder de su alma. ¡Por honor de tu nueva patria, imita mi ejemplo!»

Dijo y espiró. El sachem natche había cumplido un siglo; su antigua virtud, cultivada tanto tiempo sobre la tierra, abrióse á los rayos de la eternidad, como el aloe americano que al fin de cien primavera, abre su flor á la benigna influencia de la aurora.

LIBRO DUODECIMO.

El admirable valor del jefe de los Natchez había exasperado el furor de los illineses, que llenos de rabia clamaban: «Si no hemos podido hacer exhalar un mugido á ese viejo búfalo, este cervatillo nos indemnizará de nuestras penas.» Y mujeres, niños y sachems se aprestaron al segundo sacrificio: el genio de las venganzas mira sonriendo los tormentos y las lágrimas que prepara.

En un ingenio americano, gobernado por un amor generoso y humano, muchos esclavos se dan prisa á recolectar la cereza del café; los niños la sumergen en grandes receptáculos de agua pura, y los jóvenes africanos la agitan con un rastrillo para desprender la roja pulpa de la preciosa semilla, ó estienden sobre zarzos la opulenta cosecha. Entretanto, el amor pasea á la sombra de los naranjos, prometiendo amores y descanso á sus esclavos, que hacen resonar el aire con los cantos de su patria: no de otro modo los illineses se apresuraban, estimulados por la mirada de Athaensia, á recoger una nueva cosecha de dolores.

(1) Histórico.

En poco tiempo se consumó la obra, y el hermano de Amelia, desnudo por los sacrificadores, fue atado al poste del sacrificio.

En el momento en que la tea bajaba su cabellera de fuego para esparcirla por las cortezas, eleváronse densos torbellinos de humo de las vecinas cabañas, y entre el confuso clamoreo percibiéronse los gritos de los natchez, pues una partida de éstos se hacia preceder por el incendio en el país illinés. El espanto y el desorden cundieron súbitamente en la muchedumbre agolpada en derredor del hermano de Amelia; los sacerdotes huyeron, y las mujeres y los niños imitaron su ejemplo; todos se dispersaron atropelladamente sin escuchar la voz de los caudillos, sin reunirse para la comun defensa. Aprovechando el repentino terror que embargaba los espíritus, la escasa tropa de los Natchez penetró sin obstáculo hasta el sangriento lugar.

Un joven caudillo en cuya mano brillaba el hacha vengadora, se adelantó á sus compañeros. ¿Qué labio no había pronunciado ya su nombre? Era Outougamiz, que subiendo presuroso á la hoguera, cortó las funestas ligaduras que sujetaban á su amigo.

Todas las palabras de ternura prontas á salir de sus labios, quedaron ahogadas en su alma. Nada se había logrado aun, pues René no estaba en salvo y un solo instante de tardanza podia perder á entrambos. Al recobrase de su primer estupor, los illineses echaron de ver el insignificante número de los natchez, y reuniéndose con pavorosa gritería, rodearon la tropa libertadora. Los esfuerzos de esta tropa le abrieron un camino; mas, ¿qué podían doce guerreros contra tantos enemigos? En vano los natchez rodearon al hermano de Amelia, pues sus heridas hacían lenta y difícil su marcha, y su mano, atravesada por una flecha, no podia levantar el hacha, y casi á cada paso daba consigo en tierra.

Outougamiz cargó sobre sus hombros á su amigo; la pesada carga pareció haberle prestado alas, pues se deslizaba sobre la yerba, y ni se oía el rumor de sus pasos, ni el de su respiración. Con una mano sostenía á René, y con la otra combatía; á medida que se acercaba al inmediato bosque, sus compañeros caían uno á uno á su lado, y cuando se internó con René en el bosque, se hallaba solo.

Ya la noche había estendido sus sombras; y Outougamiz, que se había emboscado en la espesura de los matorrales, dejando á René entre largas yerbas, se tendiera á su lado, cuando oyó el ruido de acelerados pasos. Los illineses encendieron teas que iluminaron los mas oscuros laberintos de los bosques.

René intentó dirigir frases de tierna admiración al heróico salvaje, pero este le cerró la boca con la mano, pues conocía el sutil oído de los indios. Levantóse y viendo con regocijo que el hermano de Amelia había recuperado algunas fuerzas, atóle una cuerda á la cintura y le condujo al pié de una colina que dominaba una laguna.

Los dos desgraciados buscaron un asilo en el fondo de esta, ora sepultándose en el légamo que en su derredor se removía, ora sacando tímidamente la cabeza á la superficie de las cenagosas aguas. Trazáronse al fin un sendero á través de las plantas acuáticas que aberrojaban sus piés, y llegaron incólumes hasta unos altos cipreses, sobre cuyas rodillas (2) se procuraron el necesario reposo.

Algunas voces errantes resonaron al rededor de la laguna, pues unos guerreros sostenían que se había escapado, mientras otros muchos aseguraban que un genio le había libertado. Los jóvenes illineses se dirigian mutuas acusaciones, al paso que los sachems aseguraban que el prisionero sería hallado, puesto

(2) Dáse el nombre de rodillas del ciprés calvo á las gruesas raíces que salen de la tierra.

que se le seguía la pista, y al efecto echaban perros á los matorrales. Aquellas voces se hicieron oír durante algún tiempo, pero se alejaron por grados y perdiéronse por último en la profundidad de los bosques.

El fresco soplo del alba entorpeció los miembros de René, pues sus heridas habían sido desgarradas por las malezas y los abrojos, y el agua congelada cubría su desnudo cuerpo; la fiebre se apoderó de la médula de sus huesos, y sus dientes empezaron á rechinar con siniestro crujido. Outougamiz tomó de nuevo á René y le calentó sobre su corazón; y la luz del sol al penetrar la bóveda de los cipreses, halló al salvaje que estrechaba aun á su amigo entre sus brazos.

¡Madre de las sublimes acciones! ¡tú que desde la desaparición de la Grecia has establecido tu morada en los sepulcros indios, en las soledades del Nuevo Mundo! ¡Tú que en sus desiertos te ostentas radiante de grandeza, porque te ostentas radiante de inocencia, santa amistad! ¡Préstame tus mas enérgicas y sencillas palabras, tu mas melodiosa y tierna voz, tus entusiastas sentimientos, tu fuego inmortal y todas las cosas inefables que brotan de tu nunca mancillado corazón, para que acierte á cantar los nobles sacrificios que inspiras! ¡Oh! ¡Quién me condujera á los campos de los Rútulos, ó á la tumba de Eurialo y de Niso, donde la Musa consuela aun sus fieles manes! ¡Tierna divinidad de Virgilio! tu suspiraste solamente por la muerte de dos amigos; yo debo pintar su infeliz existencia.

¿Quién espresaría las dulces lágrimas del hermano de Amelia? ¿Quién haría ver sus labios balbucientes en que vagaba su alma? ¿Quién podría representar á Outougamiz debajo de un ciprés y rodeado de cañas, y su cadena de oro, manitú de la amistad, estrechando con triple nudo su pecho; á Outougamiz, sosteniendo en sus brazos al amigo que acababa de salvar, amigo cubierto aun de cieno y de sangre, y devorado por abrasadora fiebre? El que acierte á dar el digno colorido á cuadro tan brillante, píntenos la mirada de aquellos dos hombres, cuando contemplándose mutuamente en delicioso silencio, resplandecían y se mezclaban en sus frentes todos los sentimientos del cielo y del infortunio. ¡Amistad! ¿Qué valen los imperios, los amores, la gloria y todas las alegrías terrenas comparadas á un solo instante de aquella dolorosa felicidad?

Outougamiz, cediendo á ese instinto de la virtud que hace adivinar el crimen, había prestado escaso asenso á la narración de Onduré, y los datos que de diferentes guerreros se procurara, corroboraron sus dudas; pero ya hubiese muerto ó caído prisionero René, creyó que á todo trance era preciso darle sepultura ó librarle de las llamas.

Outougamiz ocultó sus designios á Celuta, y solo los comunicó á un puñado de jóvenes natchez que se brindaron á secundar su arrojo. Desnudóse enteramente, dejándose tan solo un ceñidor para caminar con mas agilidad; pintó su cuerpo con el color de las sombras, ciñóse el puñal, armóse del tomahawk (1), ató sobre su corazón la cadena de oro, colgóse á los lados unos panes de maíz, arrojó á su espalda el arco y se reunió en el bosque con sus compañeros. Deslizándose luego con ellos á favor de las tinieblas, llegó al Bayouc de las Piedras, lo atravesó, tocó la opuesta orilla, exhaló el grito del castor que ha perdido su cría, y desapareció en el desierto.

Por espacio de ocho dias enteros caminó, ó por mejor decir, voló sin ceder al sueño, sin entregarse al descanso. ¡Ah! el momento en que cerrase sus párpados, ¿no podía ser el mismo que le robase su amigo? Salvó montes, precipicios y rios: asemejábase

(1) El hacha.

al amante que procura reunirse al objeto que le atrae á través de los cuerpos que á su paso se oponen. Si el exceso de la fatiga detenía al hermano de Celuta, si sentía á su pesar que sus ojos se cerraban, creía oír una voz que le gritaba: «¡Outougamiz, Outougamiz! ¿qué es del manitú que te he dado?» Al oír esta voz interior, se levantaba, y besando la cadena de oro, proseguía su camino.

La lentitud con que los illenses regresaran á sus hogares, dió á Outougamiz tiempo para llegar antes de la consumación del sacrificio. Este salvaje no era ya el simple, el crédulo Outougamiz; al ver su resolución, su astucia y la oportunidad con que había previsto y calculado todas las eventualidades, pudiera tomarse por un experimentado caudillo. Salvó, sí, á René, pero perdiendo sus generosos camaradas; ¡grupo de amigos que ofreció á la amistad tan magnánimo sacrificio! Salvó á René, sumergiéndole en la laguna; mas, ¡cuántos peligros era todavía preciso vencer!

Hallándose muy próximo á la orilla del lugar en que los dos amigos se procuraron el primer descanso, Outougamiz resolvió refugiarse bajo otros cipreses que crecían en medio de las aguas; pero cuando intentó realizar su pensamiento, advirtió su absoluta falta de recursos. Un poco de pan de maíz no había podido restaurar las fuerzas de René, cuyo malestar se había acrecentado, pues abiertas de nuevo sus heridas, le estenuaba una calentura letárgica, y su vida se anunciaba únicamente por sus padecimientos.

Abrumado por sus pesares y sus trabajos, desfallecido por la casi total carencia de alimento, el hermano de Celuta necesitaba á su vez de los cuidados que prodigaba á su amigo; pero no se abandonó á la desesperación, pues elevándose su alma en los peligros, descollaba como una encina á medida que sobre su copa se aglomeran las tempestades del cielo. Mas ingenioso en su amistad que una madre india que recoge el musgo para preparar con él muelle cama á su hijo, Outougamiz cortó con su puñal algunos juncos, con los cuales formó una especie de navecilla, consiguiendo acostar en ella al hermano de Amelia; luego, arrojándose al agua, arrastró á nado el frágil bajel que conducía el tesoro de la amistad.

Outougamiz, poco antes próximo á espirar de dolor, se sintió próximo á morir de alegría al llegar al bosquecillo de los cipreses. «¡Oh! exclamó, rompiendo entonces por primera vez el silencio; ¡está en salvo!» ¡Deliciosa necesidad de mi corazón, pobre paloma fugitiva, ya estás fuera del alcance de los cazadores! Pero temo, René, que no quieras perdonarme, porque yo soy la causa de tus males, pues no me hallé á tu lado en la batalla. ¿Cómo he podido abandonar al amigo, que me dió un manitú sobre mi cuna? ¡Mal, muy mal te has conducido, Outougamiz!»

Así hablaba el salvaje; la sencillez de sus palabras, contrastando con la sublimidad de sus acciones, hicieron salir por un momento á René del abatimiento del dolor, y levantando su mano débil y sus ojos amortiguados, solo pudo decirle: «¡Perdonarte!»

Outougamiz, ya debajo de los cipreses, cortó las ramas bajas, limpió las rodillas de estos árboles de los restos del follaje, é hizo un blando lecho con estremidades de junco llenas de una médula ligera; luego, colocando en el improvisado lecho á su amigo, lo cubrió de hojas secas. Así un castor, cuyos primeros trabajos han inundado las aguas, toma á su hijo y lo traslada al aposento mas alto de su palacio.

El segundo cuidado del hermano de Celuta fue curar las heridas del de Amelia. Al efecto, cortó dos nudos de caña, tomó un poco de agua de la laguna, la vertió de una copa en otra para depurarla y lavó las heridas, cuyo veneno chupó. La mano de un hijo de Esculapio, armada de los mas inge-

niosos instrumentos, no hubiera sido mas suave y salútfiera que la mano de aquel amigo. René no podía espresar su gratitud sino mediante el movimiento de sus labios. De tiempo en tiempo, el indio le decía con inquietud: «¿Te hago mal? ¿te sientes un poco aliviado?» René respondía con una señal que experimentaba alivio, y Outougamiz proseguía con deleite su operacion.

El salvaje no pensaba en sí, pues aunque solo conservaba ya un poco de maíz, lo reservaba para René. Obedecía á un instinto sublime, y las mas generosas acciones no eran en él sino el ejercicio de las facultades de su vida. Semejante á un hermoso olivo, que cultivado entre los arroyos y las florestas, deja caer sin advertirlo, á merced de las brisas, sus sazonados frutos sobre los floridos céspedes, el hijo de los bosques americanos sembraba al soplo de la amistad sus virtudes en la tierra, sin detenerse á contar los maravillosos presentes que á los hombres hacia.

Refrigerado y devuelto á la calma por los desvelos de su libertador, René sintió que sus párpados se cerraban; el cansado Outougamiz cayó tambien en un profundo sueño á su lado: los ángeles velaron el descanso de aquellos dos hombres que habían hallado gracia en aquel que durmiera en el seno de Juan.

Outougamiz tuvo un ensueño: apareciósele una joven que se apoyaba al marchar en un arco flojo, rodeado de yedra á manera de un tirso, y un perro seguía sus pasos. Sus ojos eran azules, una apacible sonrisa entreabría sus sonrosados labios, y en su aspecto se advertía cierto sello de fuerza y de gracia. Casi desnuda, solo llevaba un ceñidor mas hermoso que el de Venus. Outougamiz soñaba que le dirigía estas palabras:

«¡Extranjero! yo había plantado un arce en el suelo de la choza en que he nacido; pero durante mi ausencia unos manitús perversos han maltratado su corteza y hecho correr su savia. Ahora busco algunos simples en estas lagunas, para aplicarlas á las heridas de mi arce. Dime dónde hallaré la hoja de la sabina.»

La india parecía responder á Outougamiz con dulce voz: «Digo en verdad que conocerá todos los arce de la sabiduría el hombre que pueda penetrar los de tu amistad. ¡Nada temas! Tengo en el jardín de mi padre unos simples que curan todos los árboles, y en particular los arces maltratados.»

Al pronunciar estas palabras que Outougamiz creía oír, la india, hija del sueño, se revistió de magestuoso aspecto; su frente se coronó de una aureola de luz, y dos alas blancas, bordadas de oro prestaron sombra á sus hombros divinos. La punta de uno de sus pies tocaba ligeramente la tierra, mientras su cuerpo mecíase ya en el diáfano ambiente.

«¡Outougamiz! parecía decir el brillante fantasma, ¡elevate por medio de la adversidad! Tus virtudes naturales sirvante de escalon para llegar á las virtudes mas sublimes de la religion de ese hombre á quien has consagrado tu vida; entonces te visitaré de nuevo, y podrás contar con la proteccion del ángel de la Amistad.»

Así habló la vision al joven natche, sepultado en grato sueño, mientras el perfume de ambrosía que embalsamaba los lugares cercanos, infundió noble vigor en su alma á semejanza del óleo sagrado que hace los reyes, ó prepara el alma del moribundo á las beatitudes celestiales.

Al mismo tiempo, el ensueño adquirió magnificencia: el serafín, cuya imagen reproducía, empujando la tierra con su leve planta, como un buzo que sube desde el fondo del abismo, elevóse en los aires. Esta virtud tranquila no se mueve con la rapidez de los mensajeros que llevan las órdenes formidables del Omnipotente: su ascension á las mansiones de la eterna paz es mesurada, grave y magestuosa. Un globo lumino-

so redondeado por la mano de un hijo de las Galias, atraviesa lentamente la bóveda del cielo, en los campos de Europa; en los de la India, el ave del paraíso se mece en una nube de oro en el fluido azulado del firmamento.

Outougamiz despertó, pues el chillido de la garza real anunciaba el regreso de la aurora: sentíase robustecido por su vision y por su sueño. Despues de emplear algunos momentos en coordinar sus ideas, el indio, recordando los peligros pasados y calculando los futuros, se levantó para dar principio á su tarea. Examinó primero las heridas de René, frotó sus entorpecidos miembros con un manojo de plantas aromáticas, partió con él algunos pedazos de pan de maíz, mudó los juncos de su lecho, renovó el aire agitando las ramas de los cipreses, y volvió á colocar á su amigo sobre cañas frescas; hubiérasele creído una diligente maestra que arregla por la mañana su cabaña, ó una madre que prodiga tiernos desvelos á sus hijos.

Cumplidos estos deberes de la amistad, Outougamiz se ocupó de su adorno antes de realizar los proyectos que meditaba: miróse en las aguas, peinó sus cabellos, y reanimó sus descoloridas mejillas con la púrpura de una tierra preciosa. Aquel salvaje había olvidado todo en su heroica empresa, esceptuando el bermellon, mezclando así las inclinaciones del hombre con las del niño, introduciendo la gravedad del primero en las frivolidades del segundo, y la sencillez del segundo en las ocupaciones del primero: el capullo perfumado que sirve de adorno á la tierna doncella, crece en el árbol de Atalanta al lado de la manzana de oro que refresca la boca del estenuado viajero.

La naturaleza había colocado en el corazón de Outougamiz la inteligencia que ha encerrado en la cabeza de los demás hombres: el soplo divino inspiraba á la Pitonisa visiones del porvenir menos claras y penetrantes que aquellas con que el espíritu de que estaba animado el hermano de Celuta le descubría las calamidades que podían amenazar á su amigo. Siendo al Tiempo cuerpo á cuerpo, la Amistad obligaba á este misterioso Proteo á que le revelase sus secretos.

Habiendo Outougamiz tomado sus armas, dijo al nuevo Filoteetes tendido en su cueva, pero á quien la amistad de los desiertos, mas fiel que la de los palacios, no había hecho traicion: «Voy á buscar los dones del Gran Espíritu, porque es preciso que vivas, y lo es tambien que yo viva. Si no comiese tendría hambre, y mi alma volaría al país de las almas. ¿Y qué sería entonces de tí? Veo tus pies, pero están inmóviles; veo tus manos, pero están yertas y no pueden estrechar las mias. Estás lejos de tu bosque y de tu albergue. ¿Quién alimentaría al herido armiño, si muriese el castor que le acompaña? Inclinaria al suelo la cabeza, sus ojos se cerrarían, desfallecería; los cazadores hallaríanle espirando y dirían: «¡Hé aquí el armiño herido lejos de su bosque y de su albergue!»

A estas palabras, el indio se internó en el bosquecillo de los cipreses, no sin volver muchas veces la cabeza al lugar en que descansaba la vida de su vida. Hablaba sin cesar consigo mismo y se decía: «Outougamiz, tu eres un corzo sin talento; no conoces las plantas, ni haces cosa alguna para salvar á tu amigo.» Y derramaba lágrimas por su escasa experiencia, y se echaba en cara el ser inútil á su amigo.

Durante mucho tiempo buscó por toda la laguna yerbas medicinales, y además de coger algunos berros, dió muerte á algunas aves. Al volver al asilo consagrado por su amistad, descubrió desde lejos los juncos desordenados y esparcidos; acercóse alarmado, llamó, tocó la cama, levantó las cañas; ¡el hermano de Amelia había desaparecido!

La desesperación se apoderó del alma de Outougamiz, que tentado á estrellarse la cabeza contra el tronco de los cipreses, exclamó: «¿En dónde estás? ¿Me has abandonado, cual pérfido amigo? Mas, ¿quién te ha dado pies ó alas? ¿Te ha robado la Muerte?...»

Mientras el salvaje se abandonaba al esceso de su dolor, creyó escuchar un rumor á corta distancia; calló, y reprimiendo su respiración, prestó diligente oído; y arrojándose luego súbitamente al agua, saltó, nadó, tornó á nadar, y en breve descubrió á René que se debatía moribundo contra un illinés.

Outougamiz alzó el grito de muerte, y el esfuerzo que hizo al lanzarse fue tan prodigioso que sus pies se levantaron sobre la superficie del agua. Había caído ya sobre su enemigo, y derribándole se arrastraba con él en el cieno y las cañas. Así, al encontrarse dos toros en una laguna, donde solo hay un lugar adecuado para aplacar su sed, bajan sus corvos dardos y sus erizadas colas se arrollan en círculo; chocan con los testuces; retumbadores mugidos salen de sus pechos; saltan las aguas bajo su planta y el sudor corre sobre sus costados: Outougamiz quedó vencedor, y después de atar fuertemente por medio de entretejidas raíces á su prisionero al pie de un árbol, estendió á la sombra bajo el mismo árbol al amigo que acababa de salvar segunda vez.

A consecuencia de las violentas sacudidas que el hermano de Amelia había sufrido, sus heridas se habían abierto de nuevo. El natche, en el primer impulso de su venganza, se sintió inclinado á inocular al illinés.

«¿Cómo has podido, le dijo, ser bastante cruel para maltratar á este débil ciervo? Si se hubiera hallado en el lleno de su vigor, ¿cobarde enemigo! de un solo golpe hubiera roto tu escudo. ¡Mereces, miserable, que mi mano te arranque la cabellera!»

Outougamiz se detuvo como herido de un pensamiento, y preguntó al illinés: «¿Tienes un amigo?»

«¡Sí!» respondió este.

«¿Tienes un amigo! repuso el hermano de Celuta, acercándose á él y midiéndole con la mirada; ¿no mientas!»

«Digo la verdad, replicó el illinés.

«Pues bien! dijo Outougamiz, arrojando su puñal, después de haber aplicado á su oído la cadena de oro; ¡pues bien! da gracias á este manitú que acaba de prohibirme que te mate: nunca se dirá que Outougamiz, el de la tribu de la Serpiente, ha separado á dos amigos. ¿Qué sería de mí, si me hubieses privado de René? ¡Ah! yo no sería sino un corzo solitario. Ya ves, illinés, la obra que ibas á consumar; corzo solitario sería también tu amigo, si yo te diese muerte, é iría solo murmurando tu nombre en el desierto; ¡no! ¡sería demasiado infeliz!»

«Y habría sido yo!...»

Y el salvaje cortó al punto las ligaduras del illinés, diciéndole: «¡Sé libre y devuélvete á la otra mitad de tu alma, que te busca tal vez como yo buscaba ahora mi corona de flores, cuando eras bastante inhumano para robarla á mi frente. Cuento, empero, con tu fe y con que no descubrirás este lugar á tus compatriotas, ni les dirás: «Bajo el ciprés de la amistad, Outougamiz el Simple ha ocultado la carne de su carne. Jura por tu amigo que tus labios permanecerán cerrados como las dos copas de una nuez, no madurada aun por la luna de las mieses.»»

«Yo, Nassute, replicó el extranjero, juro por mi amigo que es para mí como un bálsamo cuando las penas devoran mi corazón; juro que no descubriré tu lugar, y que mis labios permanecerán cerrados como las dos copas de una nuez no madurada aun por la luna de las mieses.»

Nassute iba á alejarse, cuando Outougamiz le

detuvo y le dijo: «¿En dónde están los guerreros illineses? — ¿Crees, replicó el extranjero, que soy bastante vil para decírtelo?» Hermano de Celuta, tu respondiste: «Ve á buscar á tu amigo; yo te armaba un lazo, pues si hubieses hecho traición á tu patria, no hubiera dado crédito á tu juramento, y hubieses caído bajo mis golpes.»

Alejóse Nassute y Outougamiz acudió á prodigar sus cuidados al hermano de Amelia, como si nada hubiera ocurrido, y como si no hubiese motivo alguno para dudar de la fe del illinés, pues había prestado el juramento de la amistad.

Trascurridos algunos días, las heridas de René empezaban á cicatrizarse: mitigábanse sus dolores, calmábase su fiebre. El hermano de Amelia hubiese vuelto con mas prontitud á la vida si un alimento abundante hubiera podido restaurar sus fuerzas; pero Outougamiz hallaba con dificultad algunos frutos silvestres, que al fin llegaron á faltar, y no quedó otro recurso al hermano de Celuta que apelar á los últimos esfuerzos de la amistad.

Salió una noche furtivamente de la laguna, ocultando su empresa á René, y esparciendo pedazos de caña de trecho en trecho para reconocer el camino, si los Genios le permitían reunirse de nuevo á su amigo. Trepó los bosques de la colina, y descubriendo el campo de los illineses, resolvió penetrar en él.

Encendidas las hogueras, la mayor parte de las familias dormía en derredor de ellas. El joven natche, después de haber atado su cabellera á usanza de los guerreros enemigos, acercóse á una hoguera donde descubrió un ciervo medio desollado, cuyas carnes no habían crujido aun sobre las llamas. Outougamiz separó con su puñal las partes mas tiernas, no menos tranquilamente que si hubiese preparado un festín en la cabaña de sus padres. Veíanse, no obstante, aquí y acullá algunos illineses que reían y cantaban. La matrona de la hoguera donde el hermano de Celuta sustraía la mas succulenta parte de la víctima, abrió los ojos, pero tomando al extranjero por el hijo de sus entrañas, volvió á conciliar el sueño. Unos cazadores que al lado del amigo de René pasaron, le desearon un cielo azul, un manto de castor y la esperanza. Outougamiz les dirigió en voz remisa el saludo de la hospitalidad.

Uno de ellos dijo, deteniéndose: «Ha desaparecido de una manera harto singular. — «Sin duda ha sido arrebatado por un genio, replicó el hermano de Celuta.» El illinés repuso: «Está oculto en la laguna, pero no puede salvarse, porque está rodeado por todas partes; ¡beberemos en su cráneo!»

Mientras Outougamiz prestaba oído á esta peligrosa conversacion, hizo oír la voz de una mujer que cantaba á corta distancia: «Yo soy la esposa de Venclao; mi seno, con su boton de rosa, es como el plumaje de un cisne, manchado con una gota de sangre por la mano del cazador. ¡Si! herido está mi seno porque no puedo socorrer al extranjero que respetó la Virgen de los últimos amores. ¡Ojalá consiga á lo menos salvar á su amigo!» La india calló; luego, acercándose en las sombras al natche continuó diciendo:

«El ave de las Floridas creía que el invierno había cambiado su adorno, y que no sería reconocida entre las águilas de los penascos en que buscaba su sustento, pero la paloma fiel la descubrió y le dijo: «Huye, ave imprudente, que la dulzura de tu canto te ha delatado!»

Estas palabras alarmaron al hermano de Celuta, y al levantar sus ojos vió el llanto de la joven, y al mismo tiempo divisó algunos guerreros armados que se aproximaban, por lo cual cargó sobre sus hombros los despojos del ciervo y se ocultó en las sombras; atravesó el bosque, penetró en los rodeos de la lagu-

na, y después de algunas horas de fatiga y de peligros, se incorporó á su amigo.

Una ingeniosa mentira le sirvió para ocultar á René su peligrosa aventura; pero era indispensable preparar el banquete; durante el día podía verse el humo, y durante la noche descubrirse el fuego: no obstante, Outougamiz prefirió la noche, pues se prometía hallar un medio para ocultar el resplandor de las llamas.

Cuando el sol hubo traspuesto el horizonte, desvanecidos ya los postreros matices del día, el indio hizo saltar una chispa de dos ramas de ciprés frotando una con otra, y encendió algunas hojas. Todo se presentaba favorablemente al principio; pero incendiándose las cañas secas, demasiado inmediatas á la hoguera, despídieron una viva claridad. Outougamiz las arrojó al agua, pero esto sirvió únicamente para propagar las llamas: intentó luego apagar bajo sus pies el incendiado monton, mientras René agotaba sus renacientes fuerzas para secundar á su amigo, ¡intento vano! El fuego cunde y vuela centellando á las secas cimas de los juncos, prendiendo además en las resinosas ramas de los cipreses. Levántase un súbito viento, y estalladores torbellinos de llamas, de centellas y de humo espárcense por los aires, que adquieren un color de sangre. Desplégase sobre la laguna un anchuroso incendio.

«¿Cómo huir, cómo libertarse del terrible elemento, que después de haberse alejado de su centro, volvía á acercarse á él y amenazaba á los dos amigos? Ya estaban reducidos á cenizas los manojos de juncos sobre los que el hermano de Celuta hubiera podido intentar trasladar á René á otros parajes de la laguna. ¿Cómo, por otra parte, pasar al vecino desierto, si en él acampaban los feroces illineses? ¿No era mas probable que atraídos por el incendio, cerrasen todas las salidas? Así cuando creemos haber llegado al colmo del infortunio, descubrimos mas allá mayores calamidades. Es muy difícil al hijo de la mujer decir: «Este es el último grado del infortunio.»

Outougamiz estaba casi vencido por la adversa fortuna, pues veía perdido todo lo que hasta entonces había hecho, y que no había salvado á su amigo del cuadro de fuego sino para quemarle por su mano. Abrumado al peso de tal reflexion, exclamó: «René! ¡yo soy quien te inmolo! ¡Cuán desgraciado eres en haberme elegido por amigo!»

El hermano de Amelia, con brazo débil y descarnada mano, estrechó tiernamente sobre su pecho al salvaje, diciéndole: «¿Crees que no es muy dulce para mí el morir á tu lado? Pero ¿por qué has de bajar al sepulcro? Eres vigoroso y hábil, y puedes abrirte un camino á través de las llamas. Vuelve á tus bosques nativos, que los natchez necesitan tu corazón y tu brazo; una esposa fiel y unos hijos cariñosos embellecerán tus días, y entre ellos darás al olvido una amistad funesta. Yo no tengo en la tierra patria ni padres, y extranjero en estos bosques, á nadie me interesa mi vida ó mi muerte; pero tú, Outougamiz, ¿no tienes una hermana?»

«¿Y esa hermana, replicó Outougamiz, no te ha dirigido una mirada de amor? ¿No descansas en el secreto de su corazón? ¿Por qué la has desdeñado? ¡Y me aconsejas que te abandone! ¿Desde cuándo te he manifestado que amo la vida mas que tú? ¿Desde cuándo me has visto inmutarme al nombre de la muerte? ¿He temblado cuando en medio de los illineses rompí las ataduras que te sujetaban? ¿Palpitaba acaso de temor mi corazón, cuando te llevé sobre mis hombros, con unas angustias que no hubiera creído por todas las alegrías del mundo? ¡Si! este corazón palpita; pero no por mí! ¡Y te atreves á decir que no tienes un amigo? ¡Abandonarte yo! ¡Yo hacer traición á la amistad, formando nuevos lazos después de tu muerte! ¡Ser yo feliz sin tí, con una es-

posa y unos hijos! ¡Dime, pues, lo que debo contar á Celuta, cuando regrese á los Natchez! Le diré?

«He libertado al hombre por quien te puse en testimonio de amistad; pero habiendo prendido el fuego á unos juncos, me ha asaltado el miedo, he huido y he visto desde lejos las llamas que han devorado á mi amigo. Aseguras que sabes morir; yo, René, sé mas: ¡yo sé vivir! Si me hubiera hallado en tu lugar y tú en el mio, no te hubiera dicho: «Huye y abandóname!» sino: «¡Sálvame ó muramos juntos!»

Outougamiz pronunció estas palabras con un tono que no le era habitual, pues el lenguaje de la mas noble pasión brillaba en toda su magnificencia en los labios de aquel sencillo salvaje. «Permanece á mi lado, exclamó á su vez el hermano de Amelia; no te aconsejo que huyas, pues no comprendes tales consejos.»

Al oír estas palabras, cierta inefable serenidad se pintó en el semblante de Outougamiz, como si habiéndose entreabierto el cielo, su claridad divina se hubiese reflejado en su frente, y respondió con la mas hermosa sonrisa que el ángel de las amistades virtuosas colocó en tiempo alguno en los labios de un mortal: «Acabas de hablar como un hombre; siento en mi corazón todas las delicias de la muerte!»

Y ambos amigos, cesando de oponer al incendio impotentes esfuerzos, y de intentar una retirada ya imposible, esperaron tranquilos el cumplimiento de su triste destino.

Las llamas, replegándose sobre sí mismas, habían abrasado el ciprés que les servía de asilo y el incendiado ramaje empezaba á caer sobre sus cabezas. De repente, á través de las masas de fuego y de humo, oyóse un ligero ruido en las aguas, presentándose á la atónita vista una especie de fantasma: sus cabellos estaban consumidos, su pecho y sus brazos medio quemados, mientras sus piernas chorreaban un agua cenagosa. «¿Quién eres?» le gritó Outougamiz. «¿Eres el espíritu de mi padre que viene á buscarte, para conducirnos al país de las almas?»

«Soy Venclao, respondió el espectro, el amigo de Nassute, á quien has concedido la vida, y el esposo de Nelida, la virgen de los últimos amores, á quien tu amigo ha respetado. Vengo á pagarte mi doble deuda. Las llamas han descubierto vuestro asilo, y las tribus illinesas rodean la laguna; muchos de sus guerreros nadan ya para llegar hasta vosotros, pero yo me he anticipado á ellos, y Nassute nos espera en el lugar de la orilla conliado á su vigilancia. ¡No perdamos un instante!»

Esto dicho, Venclao pasó un brazo membrudo bajo el del hermano de Amelia, é hizo una seña á Outougamiz para que le sostuviese al otro lado. Entrelazados así, los tres se arrojaron á las aguas, y avanzaron á través de los campos de cañas incendiadas, ora amenazados por el fuego, ora prontos á ser tragados por las aguas. Cada instante aumentaba su peligro, pues los gritos y las voces del enemigo resonaban por todas partes. Tales fueron los peligros de Eneas, cuando en la noche fatal de Ilión caminaba al resplandor de las llamas por solitarios y estraviados senderos, á ocultar en el monte Ida los antiguos dioses de la antigua Troya y los dioses futuros del Capitolio.

Outougamiz, Venclao y René llegaron al lugar donde Nassute les esperaba. El hermano de Amelia fue colocado al punto sobre una camilla de hojarasca, que Venclao, Nassute y Outougamiz conducían alternativamente. Alejaronse con rápido paso de la funesta laguna, y toda la noche vacaron por los silenciosos bosques. Al despuntar el día, los dos illineses se detuvieron y dijeron á los dos guerreros enemigos: «Natchez! implorad vuestros manitús y

«huid! Os hemos pagado vuestros beneficios; ahora nos debemos á nuestra patria. Adios!»

Venclo y Nassute dejaron en tierra la camilla del herido, pusieron un baston de acebo en la mano izquierda del hermano de Amelia, dieron á Outougamiz algunas plantas medicinales, harina de maiz y dos pieles de oso, y se alejaron.

Los dos fugitivos prosiguieron su penosa marcha. René caminaba delante con lentitud, apoyado en el baston que difícilmente levantaba, y Outougamiz le seguía, esparciendo hojas secas para ocultar sus huellas; el huésped de los bosques es menos hábil en engañar á la impaciente trahilla, que lo era el indio en borrar las pisadas de René, para sustraerle á la persecucion del enemigo.

Al llegar á un matorral, Outougamiz dijo súbitamente: «Oigo pasos acelerados,» y poco despues se dejó ver en el horizonte, hácia el Norte una partida de illineses. La desventurada pareja tuvo tiempo para llegar á un bosque estrecho situado á la estremidad opuesta; penetró en él y habiéndolo atravesado, se halló en el mismo punto donde se había dado el combate tan fatal al Gran Gefe de los Natchez y al hermano de Amelia.

No bien entrambos amigos pisaron aquel campo de la muerte, cuando oyeron al enemigo en el vecino bosque: Outougamiz dijo á René: «Tiéndete en el suelo; que pronto vendré á buscarte.» René no quería disputar mas su vida, porque estaba ya cansado de luchar tanto tiempo por algunos miserables dias; pero vióse precisado á obedecer otra vez á la amistad. Su infatigable libertador le ocultó bajo los pavorosos despojos del combate, y se ocultó en la espesura de un bosque.

Cuando algunos niños han descubierto el lugar donde un ruiseñor ha labrado su nido, la madre, exhalando lastimeros gritos, y dejando caer sus alas, revolotea como herida ante los tiernos raptos que se entregan á su persecucion y se alejan de la débil prenda de sus amores; así, el hermano de Celuta, dando voces en la soledad, atraía los enemigos hácia sí, y los alejaba del tesoro mas querido á su corazon que lo es el huevo lleno de esperanza á la amorosa avecilla.

Los illineses no pudieron alcanzar al ligero salvaje, á quien la amistad había devuelto por un momento todo su vigor. Aproximábanse al país de los Natchez, y no atreviéndose á ir mas lejos, abandonaron la persecucion.

El hermano de Celuta fué entonces á sacar á René de las horrosas ruinas que habían protegido su juventud y su hermosura. Los dos amigos volvieron á emprender su camino al nacer la aurora, despues de haberse lavado en un límpido manantial; entonces vieron que los helados restos bajo que René había conservado la centella de la vida, eran los de los dos natchez, Aconda é Irineo. El hermano de Amelia los reconoció, y asombrado de aquella extraordinaria coincidencia, dijo á Outougamiz: «Ves esos cuerpos desfigurados, devorados por las águilas ó ignominiosamente tendidos en el suelo? ¿Aconda ó Irineo! ¿vosotros erais dos amigos como nosotros! ¿vosotros fuisteis jóvenes y desgraciados como nosotros! ¿Yo os he visto perecer, cuando ya derribados, procuraba aun defenderos. ¿Outougamiz! tú confiasse esta misma noche el amigo vivo al secreto de dos amigos que ya no existen, y sus cadáveres se han reanimado al calor de tu alma, para prestarme un abrigo.»

Outougamiz lloró sobre Aconda é Irineo, pero estaba demasiado débil para abrirles una sepultura.

Á la manera que unos labradores que despues de un largo dia de sudores y de trabajos conducen á su cabaña los fatigados bueyes, creen descubrir su rústico techo, y se juzgan ya rodeados de sus espo-

sas y de sus hijos: así los dos amigos, al acercarse al país de los Natchez, empezaban á sentir renacer la dulce esperanza, y sus deseos salvaban el espacio que de sus hogares les separaba. Pero estas ilusiones, como todas las de la humana existencia, fueron de breve duracion.

Las fuerzas de René, agotadas por última vez, tocaban su término; y para colmo de calamidad, nada quedaba ya de los dones de Venclo y de Nassute.

Outougamiz sucumbia á su vez; sus mejillas estaban hundidas, y sus piernas enflaquecidas y trémulas no sostenian ya su cuerpo. Tres veces el sol brindó su luz á los hombres, y tres veces halló á los viajeros arrastrándose sobre un erial que ningun recurso ofrecia. El hermano de Amelia y el de Celuta ya no hablaban; solo se dirigian alternativamente furtivas y dolorosas miradas; algunas veces Outougamiz se esforzaba aun en ayudar la marcha de René. Dos gemelos que apenas empiezan á andar, se apoyan en sus débiles brazos y ensayan sus inseguros pasos á los ojos de su cariñosa madre.

Desde el lugar á donde los amigos habían llegado hasta el país de los Natchez solo quedaban ya algunas horas de camino; pero René se vió precisado á detenerse. Escitado por Outougamiz, que le rogaba que adelantase, intentó dar algunos pasos para no robar á su sublime amigo el fruto de tantos sacrificios; mas sus esfuerzos fueron vanos. Outougamiz intentó llevarlo sobre sus hombros, pero exhausto de fuerzas cedió al peso de su carga.

No lejos de allí murmuraba una fuente; René se acercó á ella, arrastrándose sobre las rodillas y las manos, seguido de Outougamiz que lloraba; así el afligido pastor acompaña al cabrito que se la roto los delicados piés al caer de una erguida roca, y que se arrastra hácia el aprisco.

La fuente señalaba el límite de la sábana que se estiende hasta Bayouc de las Piedras, y que no tiene al Oriente otros confines que los bosques del fuerte de Rosalia. Outougamiz sentó á su compañero al pié de un sauce; el joven salvaje fijaba sus miradas en el país de sus ascendientes: ¡hallarse tan cerca de él y no poder llegar! «René, dijo, he allí nuestra cabaña!»

«Vuélveme el rostro hácia ella» respondió el hermano de Amelia; Outougamiz obedeció.

Este abrigó por un momento el designio de dirigirse á los Natchez, en busca de algun auxilio; pero temiendo que el hombre de su corazon espirase durante su ausencia, resolvió no abandonarle. Sentóse pues, al lado de René; y tomándole la frente con ambas manos, le inclinó dulcemente sobre su pecho; apoyando entonces su rostro sobre aquella cabeza querida, preparóse á recoger el último suspiro de su amigo. A semejanza de dos flores abrasadas por el sol sobre un mismo tallo, se inclinaban uno sobre otro hácia la tierra aquellos dos infelices jóvenes.

Un ligero rumor y el soplo de un aura perfumada hicieron levantar á Outougamiz la cabeza: una mujer se hallaba á su lado. A pesar de la palidez y del desaliñado vestido de aquella mujer, ¿cómo hubiera podido desconocerla el indio? Outougamiz en su sorpresa abandonó la frente de René y exclamó: «¿Eres tú, hermana mía?»

Celuta retrocedió, pues se había acercado á los dos amigos sin descubrirlos, y el eco de la voz de su hermano la llenó de asombro. «Hermano mio, respondió, hermano mio! ¡los Genios me lo han robado! ¡el hombre blanco ha espirado en el cuadro de fuego! Venigo todos los dias á esperar á los dos viajeros á este límite; mas, ¡ah! ¡ya no volverán!»

Outougamiz se levantó y se acercó á Celuta, que hubiera huido á no haber advertido su vacilante paso. Hubiérase visto brillar alternativamente en el semblante de la india el sentimiento del mas profundo

error y de la mas viva esperanza. Celuta dudaba todavía, cuando vió el manitú de la amistad atado al pecho de su hermano. Entonces corrió hácia Outougamiz, á quien abrazó y sostuvo á la vez, pero él le dijo:

«Le he salvado! allí está! pero espirará si no le traes algun alimento.»

El amor oyó la voz de la amistad! Ya Celuta está de rodillas, y tímida y trémula ha levantado la frente del moribundo extranjero. René ha reconocido la hija del desierto, y sus labios han hecho un esfuerzo para sonreír. Outougamiz, con la cabeza inclinada sobre su pecho, trémulas y juntas las manos, decia: «Testigo del juramento de la amistad, hermana mia, vienes á ver si lo he cumplido fielmente. ¿Yo hubiera debido traer á mi amigo lleno de vida, y héle aquí

espirante! Soy un mal amigo, un guerrero sin energia. Pero, ¿tienes algo con que reanimar á mi amigo?» «¿Nada tengo! exclamó Celuta desesperada. ¡Ah! si hubiese sido mi esposo, si hubiese fecundado mi seno, podría beber al par de su hijo en la fuente de la vida!» ¡Aspiracion divina de la amante y de la madre!

La casta india se ruborizó como temiendo haber sido comprendida por René. Sus ojos estaban fijos en el cielo, su rostro parecia inspirado, y hubiérase dicho que en una ilusion de amor, Celuta creia alimentar á su hijo y al padre de su hijo.

Amistad, que me has contado estas maravillas! ¿por qué no me diste el talento de pintarlas dignamente, puesto que me dotaste de un corazon capaz de sentir las? (1)

LOS NATCHEZ.

Cuando Celuta halló á los dos amigos á la margen de la fuente, había ya muchos dias que vagaba errante por los bosques. Una intensa calentura se había apoderado de ella al saber la prision de René, y la súbita partida de Outougamiz redobló sus males, pues advino que este había volado á rescatar á su amigo, y temia que, segunda víctima, fuese inmolado al furor de los illineses.

La hija de Tabamica se había obstinado en permanecer sola en su cabaña. Acostada cierto dia sobre la estera de dolor, vió entrar á Onduré, cuya fortuna había irritado su orgullo, y cuyos vicios se habían aumentado con toda la esperanza de sus pasiones. Seguro á la sazón de Akansia, que sabia su crimen y se aprovechaba de él, Onduré se creía dueño ya del poder supremo, bajo el nombre de tutor del joven Sol; proponíase restablecer la antigua tiranía, y se lisonjaba imaginando que despues de engañar á los franceses, hallaría algun arbitrio para perderlos.

Solo una circunstancia amenazaba la ambicion del salvaje: un sentimiento mas poderoso aun que su ambicion, esto es, el amor sin cesar creciente que á Celuta profesaba; la herida vanidad, la sed de venganza y el fuego de los sentidos habían trocado su amor en una especie de delirio, cuyos accesos podian despertar los zelos de la Mujer-Jefe.

En el primer arrebato de su victoria, Onduré corrió á la cabaña de la hermana de Outougamiz, y se adelantó hácia la cama donde se sentia desfallecer la solitaria doncella. «Celuta, le dijo, despierta!» y le sacudió rudamente la mano. «Despierta y mira á Onduré. ¿No te consideras muy feliz al ver que un guerrero de mi temple se digna elegirte por su concubina, rosa ajada por el miserable blanco, de quien nos han librado los propicios manitús?»

Celuta intentó rechazar al bárbaro. «Cuán encantadora se muestra en su locura! dijo Onduré; ¡cuán animada está su tez! ¡cuán hermosos son sus cabellos!» Y el salvaje pretendió prodigar caricias á su víctima.

En aquel momento, Akansia, cuyos zelos la hacian acechar con frecuencia la cabaña de su rival, se presentó en el dintel de la puerta. Celuta le dijo, recordando esfuerzo: «¡Oh, madre del Sol, protéjeme!»

Onduré soltó la codiciada presa, y confundido, vergonzoso y balbuciente siguió á Akansia que se alejó con los ojos sangrientos y el alma agitada por las Furias.

Los parientes de Celuta, que habían querido guardarla durante la ausencia de su hermano, fueron á ofrecerle su apoyo, y vieron el desorden de su lecho. Celuta les ocultó sus nuevos pesares, y aparentó sonreírse, y diciendo que se sentia aliviada, aquellos la creyeron y se retiraron. Libre ya de unos cuidados que la importunaban, la hija de Tabamica salió á media noche, se internó en los bosques y fue al camino del país de los Illineses á esperar los protectores que al fin encontró; protectores que suponía irremisiblemente perdidos, aun cuando seguía buscándolos.

Mas, ¿quién salvará á los tres desgraciados? Solo Celuta conservaba algunas fuerzas, ¿pero tendrá tiempo para volar hasta la ciudad de los Natchez? ¿No habrán espirado René y Outougamiz antes de su vuelta? Celuta colocó cariñosamente la cabeza de René sobre el musgo y se levantó, pensando que la Providencia se compadecería de tantos infortunios. Algunos guerreros se dejaron ver hácia el bosque. ¿Quiénes son? ¿qué importa? En aquel momento Celuta imploraría el socorro del mismo Onduré.

«Quien quiera seais, exclamó, adelantándose hácia los guerreros; venid á dar la vida á René y á mi hermano!»

Algunos soldados y oficiales del fuerte de Rosalia acompañaban al capitán d' Artaguette á la fuente á cuya orilla descansaban los dos amigos, fuente cuyas aguas poseian la virtud de cicatrizar las heridas. D' Artaguette reconoció en la voz á la india, á la que no hubiera reconocido por sus facciones; ¡tanta era la alteracion que en ella se advertia! «¿Eres mi hermana, mi libertadora?» exclamó conmovido á su vez el capitán.

Celuta corrió á él, derramó lágrimas de dolor y de alegría, tomó la mano de su hermano adoptivo, la

(1) Aquí finaliza la primera parte de los Natchez, la que puede llamarse su epopeya. Lo que sigue es una simple relacion, en la que el autor, renunciando al estilo épico, adopta el de la narracion.